

Adelardo Covarsí

*P*or la prensa diaria conocen ya nuestros lectores el fallecimiento del ilustre pintor extremeño D. Adelardo Covarsí.

El arte nacional ha perdido a uno de sus representantes más preclaros. Maestro del pincel, cuyas obras merecieron siempre los más calurosos elogios de la crítica y del público. Su inspiración, su inventiva y su técnica, le habían colocado en las altas cimas de la estimación artística. Bastará recordar algunos datos de su biografía para que quede bien probada nuestra afirmación anterior. Muy mozo aún, en 1906, fué laureado en la Exposición Nacional de Madrid. Obtuvo, un lustro después, medalla de oro en la Exposición internacional de 1911. En la iberoamericana de Sevilla y en la Nacional de Madrid, en 1948, otorgáronle primera medalla, y el Ayuntamiento de Badajoz declaróle hijo predilecto y dió a una calle de la ciudad el nombre de tan esclarecido artista, premiando de este modo los altos merecimientos que en él concurrían.

«ALCANTARA», que estima en todo su justo valor al glorioso pintor desaparecido, promete dedicarle en el próximo número, la atención que se merece. La docta pluma de uno de nuestros colaboradores estudiará ampliamente, la relevantísima figura de D. Adelardo Covarsí, en su aspecto social y artístico, esto es, como hombre y como artista.

Al condolernos de esta pérdida irreparable que ha sumido a Extremadura en el más profundo dolor, damos nuestro sentido pésame a la viuda e hijos del ilustre finado, y muy especialmente a nuestros distinguidos colaboradores señores Segura y Segura Covarsí.

El poema del circo

MOTIVO LÍRICO

Manes de Banville y de D'Aurevilly.
Amazonas. Augustos. Kenwell de Claretie.

Luminarias de antorchas. Fanfarrias de clarines.
Perros. Monas. Kanguros. Muecas y volatines.

Actitudes ingravidas. Clásicas esculturas.
Belleza de los cuerpos y las musculaturas.

Yeguas desarzonadas y un excéntrico inglés.
Con un jokey escultórico de origen irlandés.

Ingleses, italianos, normandos y bretones.
Artistas de los «fiordos». Malayos y nipones.

Ferías de las ciudades. Clásicos barracones.
Guaridas de asesinos y de viejos hampones.

Carromatos crujientes llenos de senectud.
Con sus equipos de hércules en flor de juventud.

Dolor de los caminos en lenta romería.
En torno a la blasfemia canta el Ave María.

Circos de los suburbios, enormes, fastuosos,
Decorados con oros, colores suntuosos.

La pista es un inmenso y ardiente corazón
Lleno de la fragancia de una añeja emoción.

Tiene el alma infantil de sus viejos artistas
Y el espíritu inquieto de sus malabaristas.

Circos de los suburbios, hórridos, obsedantes,
Con perfumes de alcoba y sombras inquietantes.

La gallofa y el hampa. Golfas y marineros
Y el corazón de un pueblo en sus rudos remeros.

Artistas zuloaguescos de una traza altanera
Embriagados de gin, whisky, soda y madera.

Y como un aguafuerte a la Holbein o Durero
la silueta bruja de un fraile aventurero.